

Editorial

Una mirada al clima de época en el que nos sorprende una Pandemia

La Pandemia emerge en un mundo en el que persiste el neoliberalismo, que se resiste a ceder a sus principios y bases fundamentales construyendo de esta manera una lógica que, como una posesión maliciosa, se apodera de subjetividades y cuerpos e incrementa la construcción de una forma de cultura individualista que fragmenta aún más la sociedad.

Lo social queda relegado, no solo olvidado o desatendido, sino que es presentado como un enemigo de la libertad individual, como un paso al totalitarismo. El todo, lo colectivo, el conjunto, es mostrado como un peligro. Esto ocurre trágicamente en los momentos en los que la cohesión social se presenta como vital y necesaria para la sobrevivencia, para afrontar las vicisitudes del presente y especialmente, poder seguir soñando un futuro. Ese lugar de lo social en el que somos más que individuos que se suman o productores económicos que interactúan, ese espacio que nos contextualiza, que nos construye en la pertenencia, en la identidad en el lazo, se encuentra fuertemente agredido y menospreciado desde antes de la aparición de la Pandemia.

Y pareciera que ésta acrecienta estas características. Así, la Pandemia se padece aún más cuando el lazo social está perdido o fragmentado, cuando se pierde la noción de comunidad. La Pandemia se sufre y duele en un mundo fundamentalmente desigual.

Mientras tanto, los voceros de la desazón, como mercaderes de odio, gritan a favor de una idea de libertad que solo beneficia a los mercados y a los poderosos, cuyo único resultado es la generación de mayor desigualdad. El bien común es nombrado como enemigo de la sociedad, como una forma de totalitarismo, de coerción. De esta manera, todo acto, institución, dispositivo que proteja a la Sociedad se transforma en sospechoso. Algunos festejan las calamidades, niegan las protecciones, suman muertes como victorias y apuestan al triunfo de la desazón. Insisten y afirman la idea de que la búsqueda de propósitos compartidos es falsa y nostálgica; construyen formas de protestas quemando barbijos, gritando una especie de rebelión cuyo único enemigo es la condición humana. Reclaman -desde actos que buscan arrancar a la subjetividad- a la singularidad del todo social, generando individuos arrancados, aislados, perdidos en el abandono, la exclusión o el hedonismo. Su bandera es la muerte y desde allí evocan a los fascismos.

Pareciera que la Pandemia no se trata solo de virus sino de un mundo que se desgarrar, de una civilización que exhibe su máximo poder de destrucción como un tumor que se fue desarrollando lentamente a través del tiempo alimentándose por masacres, racismo y codicia y que ya no puede ocultar su visibilidad.

De este modo, la reparación de lo colectivo, de lo social, se presenta como un camino necesario y tal vez único en el que la Otriedad sea protagonista. Allí cuando se recobre la solidaridad y se pueda recuperar la integración perdida, el futuro y la condición humana quizás logren tener otra valoración, una que se salga del autoritarismo de las “leyes” de mercado.

Alfredo Juan Manuel Carballeda